

Letrillas



POLÍTICA

Sopor presidencial

por Ricardo Dudda

En el tercer capítulo de la serie documental *Moncloa. Cuatro estaciones*, que se rodó entre febrero de 2022 y marzo de 2023 y muestra el día a día del gabinete del presidente pero también de los miles de trabajadores del recinto presidencial, un grupo de ciudadanos visita la Moncloa en el día de puertas abiertas. El presidente Pedro Sánchez es el guía. Enseña salas, cuadros, jardines, cuenta historias. Los visitantes están encantados. Es obvio que es una ocasión especial: hay cámaras. Por eso el presidente enseña uno de los bonsáis de Felipe González o explica la historia de una de las fuentes del recinto, donde Antonio Machado se reunía con su amante Pilar de Valderrama. *Moncloa. Cuatro estaciones* podría ser el vídeo que se proyecta al final de esa visita turística. Es un vídeo pedagógico para institutos, un intento de documental de Netflix que se queda en

anuncio de empresa de seguros, un vídeo de campaña. Y es un ejemplo de la idea de transparencia de Sánchez. Es una transparencia teatralizada. El presidente habla mucho de transparencia para así no tener que ejercerla.

Pensaba que lo peor sería la propaganda, que hay mucha. Pero lo peor es el sopor, la superficialidad, el absoluto desinterés. Son más de tres horas de reuniones falsas, llenas de frases lubricantes, sin contenido: “venga, avanzamos”, “lo encarrilamos”, “queda pendiente esto”, “vamos a seguirlo, vamos a prepararlo”. ¿El qué? Eso no se puede decir. Además, ¿para qué quieres saberlo? ¿No te fías del presidente? Todas las frases de las reuniones son perfectamente intercambiables. Valen para la cumbre del clima, la cumbre de la OTAN o la aprobación de los presupuestos. Podrían ser reuniones del Ministerio de la Presidencia o de una

empresa de fertilizantes de Molina de Segura.

Es un documental puramente logístico, de movimientos y aspavientos, de la superficie del protocolo. Está lleno de imágenes de relleno, *totales* como de telediario. Y cuando no es institucional, está lleno de una falsa naturalidad, de un *small talk* embrutecedor. El presidente y su mujer Begoña Gómez desayunando. Sánchez: “Pues yo no voy a desayunar mucho, porque ayer con la cena ya tuve suficiente.” Gómez: “¿Qué dicen los periódicos hoy?” En otra conversación, Sánchez y su por entonces jefe de gabinete, Óscar López: “Mi hija mayor saca unas notas...”, dice el presidente. “Eso está bien, es lo importante”, responde López. No quiero ni pensar en los cortes que se quedaron fuera. Viendo las apasionantes interpretaciones del presidente recordé la paradoja que señala el cineasta Manuel Gutiérrez Aragón: Sánchez es guapo pero no es fotogénico. Y añadiría: Sánchez actúa fatal, pero solo sabe actuar.

Todo es además desangelado. El recinto de la Moncloa parece un plató. Ese es un problema estatal. La Moncloa es fea. La habitación donde el presidente recibe las visitas oficiales parece la sala de espera de un dentista. Es todo *millennial gray*. “La Moncloa es un complejo por el que España debe sentirse orgullosa”, dice uno de sus trabajadores. Precisamente es una frase llena de complejos. *The bar is so low*. Todo tiene un aroma provinciano, acolegado. La visita oficial de Biden. “Ya solo ver el coche, ya solo ver la caravana, la cantidad de escoltas

que trae”, dice ilusionado Sánchez, el presidente de la cuarta economía de la Unión Europea. “No es fácil relajarse”, “Existe una curiosidad por conocerle”, continúa. Subdesarrollo.

El documental busca hacerle el traje de presidente internacional a Sánchez. Es un traje que le encanta. “Perdonadme, que me espera el presidente de Paraguay”, dice Sánchez en un acto con jóvenes, como para fardar. “De los momentos más emocionantes que he vivido como presidente del gobierno fue el discurso que *bice* ante el parlamento nacional ucraniano”, dice en el último capítulo, donde el equipo viaja a Ucrania. Quizá lo ha formulado mal; quizá es un *Freudian slip*. Se ha escrito mucho sobre un futuro internacional de Sánchez: en España no se le valora, será un gran estadista en instituciones internacionales. Quizá Zapatero le puede introducir en el mundo del lobbyismo para dictaduras.

Desde hace años, el presidente busca la validación exterior ante la dificultad de conseguir la validación interior. En el extranjero no le fiscalizan tanto y está bien considerado: socialdemócrata, joven, habla inglés, guapo, alto, corbatas finas y trajes *slim*. Se lleva muy bien con la primera ministra neozelandesa Jacinda Ardern, que visita la Moncloa en el documental y se nota cierta tensión/atracción, y con Justin Trudeau, el primer ministro canadiense. Ambos representan un socioliberalismo que está cada vez más muerto. Ardern dimitió en enero de 2023; la popularidad de Trudeau está por los suelos. Sánchez sobrevive, pero su imagen exterior ya no es tan pulcra. “Pedro Sánchez se aferra al poder a costa de la democracia española. Sus adversarios le acusan de subvertir la Constitución”, titulaba *The Economist* a principios de octubre. “Pedro Sánchez se enfrenta al mayor escándalo de corrupción en sus seis años como presidente del gobierno de España, lo que despierta dudas sobre cuánto tiempo será capaz de mantenerse en el poder”, describía *Bloomberg*

el mismo mes, que también publicó en noviembre una noticia sobre el caso de las filtraciones del fiscal general Álvaro García Ortiz.

¿Recuerdan la célebre foto de la izquierda liberal en la que salían Matteo Renzi, Manuel Valls y Sánchez, todos con camisas blancas? Fue en 2014, en Bolonia. Se los llamó “los emprendedores de centro izquierda”. Hoy solo sobrevive Sánchez, con una estrategia y retórica muy diferente a la de entonces. Ya no es la izquierda profesional, es la izquierda de las guerras culturales. En el Congreso Federal de finales de noviembre, se proyectaron imágenes de la Guerra Civil y el franquismo. En *Moncloa. Cuatro estaciones*, la ministra María Jesús Montero dice que la Moncloa significa la democracia después de la dictadura; lo dice como si la democracia no hubiera llegado hasta que llegaron ellos (y no hablo de Felipe González en 1982, sino de Sánchez). La Transición no fue a finales de los setenta, sino en 2018. Este documental es, entonces, un manual para nuevos demócratas tras una oscura dictadura. Es la podemización del PSOE. Podemos llegó al poder en 2014 diciendo que, al fin, el pueblo llegaba a las instituciones. Todo lo de antes había sido un simulacro, la farsa de la democracia burguesa. Diez años después, ese es el discurso del PSOE.

Atado y bien atado

Música tensa, incidental. Parece la banda sonora de *Piratas del Caribe*. Quizá ha ocurrido algo grave, un atentado, una crisis diplomática con Marruecos. “¿Javier? [no sabemos quién es Javier] No ha venido todavía”, pregunta nervioso por teléfono el entonces secretario general de la presidencia del gobierno Francisco Martín Aguirre. Está en el Museo del Prado organizando la cumbre de la OTAN. Al final el problema resultó ser poco emocionante. “¿No íbamos a poner cuatro pantallas?” “Fue un momento un tanto estresante”, dice inmediatamente después ante la cámara. La crisis de los misiles de Cuba.

Resulta todo tan artificial, tan forzado, que consigue convencerte de que esta gente realmente no está tan ocupada, que solo está actuando para la cámara. Pero claro que están ocupados. No hay fines de semana, no hay tiempo libre. Hay breves momentos de candor donde se muestra la dificultad de conciliar la vida privada y el trabajo. El ministro de Justicia y Presidencia, Félix Bolaños, habla por teléfono con su hijo y planean cuándo hacer algo juntos. Les cuesta coordinarse. En una entrevista, el entonces secretario de Estado de Comunicación Francesc Vallés admite sentir alivio al pensar que la estancia media de su cargo es de tres años, y que es una posición interina. Se lamenta irónicamente de que el presidente lo llamó cuando ya estaba acostumbrándose a tener fines de semana, y de pronto volvió a no tenerlos. Dice que es un trabajo “poco organizable”.

Hay otro momento aparentemente sincero, que en realidad es una oportunidad para atacar y ningunear al socio de coalición del PSOE, Unidas Podemos. Sánchez discute con miembros de su gabinete y del partido (la distinción entre gobierno y partido lleva años siendo inexistente) sobre si debería ir a un acto feminista del Ministerio de Igualdad, que lo dirige Irene Montero, de Unidas Podemos. El día anterior, otra ministra de Podemos, Ione Belarra, dijo que el PSOE era “el partido de la guerra” por defender que Ucrania se defiende de la agresión de Rusia. Sus asesores y cercanos le dicen, indignados, que no debería ir. El líder, en cambio, se muestra magnánimo: no ir sería una falta de respeto al movimiento feminista. Todos asienten.

Un periodista habría entrevistado a Belarra tras esas declaraciones, para añadir la otra perspectiva. Al fin y al cabo, es también ministra del mismo gobierno. Y son conocidas las disputas entre los dos socios. Habría sido interesante ver algo de esas tensiones. Pero aquí no hay conflictos. ¡Todo sale bien! Eso transmite una sensación

paradójica: como todo parece que sale tan estupendamente, qué mal tiene que salir en realidad.

Los ministros de Podemos salen muy poco. El gobierno es el PSOE; Unidas Podemos son unos okupas circunstanciales. Irene Montero, la ministra de Igualdad, no sale en ningún momento, a pesar de que el feminismo es uno de los ejes centrales del gobierno. Tienen menos minutos los socios de coalición que el equipo de cetrería de Moncloa (!) o un grupo de ganaderos que traen una escultura de madera que acaba instalada en los jardines. Sí hay una entrevista breve a Yolanda Díaz, que dice: “En mi equipo me dicen que tengo más ideas que posibilidades de llevarlas a cabo.” Muchos críticos con su gestión están de acuerdo: es una mera espectadora y denunciadora de las cosas que quiere cambiar, pero que no consigue cambiar. Cuando critica alguna injusticia laboral en Twitter, muchos le responden: “Ojalá llegues a ser ministra de Trabajo para poder cambiar eso.” Es una *lame duck*, como todos los ministros de Podemos, que son secretarios de Estado con nombre de ministro.

En otro de los pocos ejemplos de naturalidad y honestidad del documental, Pedro Sánchez debate en el avión presidencial con una de sus asesoras un texto que le han redactado para la Cumbre del Clima en el Cairo. Se burla entre risas de su retórica vacía: “Avanzar en la transición ecológica y la reconquista de la seguridad energética al amparo de las oportunidades que ofrecen las energías renovables...” Te lo retocamos, responde sonriendo su asesora, ligeramente avergonzada. La ministra de Transición Ecológica le sigue la broma: “Suenan a la cuenta esa del Mr. Handsome.” Se refiere a una cuenta de Twitter que tenía una especie de relación parasocial con el presidente: no solo defendía sus políticas, sino que elogiaba constantemente lo atractivo y carismático que era. “Mi género

porno favorito es Pedro Sánchez en Bruselas y no lo sabía”, dice uno de sus tuits, que reproduce un vídeo del presidente saliendo del coche. Detrás de la cuenta no solo estaba una afiliada al PSOE, sino que a partir de 2021, y a raíz de la viralidad de sus tuits desde Mr. Handsome, la contrató Ferraz para llevar las redes del partido. Es la institucionalización de la vergüenza ajena. Y es otro ejemplo más de que detrás del candor que muestra el documental hay algo deshonesto, una teatralización burda. Hasta en lo más banal. Cuando el equipo de redes habla de que hay que llegar a los jóvenes, aparecen imágenes de influencers cercanos, o incluso a sueldo del gobierno. No hay nada que no sirva al argumentario del partido/gobierno.

Moncloa. Cuatro estaciones estuvo maldito desde su anuncio; no lo quiso ninguna plataforma porque pensaban que sería excesivamente propagandístico. Al final, se publicó en *El País* (la productora, The Pool, es propiedad de Andrés Varela Entrecanales, consejero del Grupo Prisa). Es cierto que es propagandístico, pero no parece esa su intención; su enfoque es demasiado institucional. El problema es que Sánchez es un *control freak*; no puede quedar ni un cabo suelto. Ninguno de sus subordinados dice nada interesante para no cagarla. Mejor aburrir que correr el riesgo de polemizar. “Al principio, nos costaba mucho. Tiene un control absoluto de lo que está pasando en el entorno”, dice en una entrevista a *El País* el director, Curro Sánchez Varela, que ganó un Goya por un documental sobre su padre, Paco de Lucía. Dice que Sánchez le “contó lo que le apetecería ver en un proyecto de estas características”. Pero el verdadero problema no es solo Sánchez. Hay una cultura política que impide ir más allá. Es una cultura de la opacidad, del poder como algo mítico y oscurantista. En España todavía está vigente la Ley de Secretos Oficiales del franquismo, aprobada en 1968. Al gobierno que exhumó a Franco del Valle de

los Caídos no le interesa mucho acabar con ese franquismo sociológico.

Moncloa. Cuatro estaciones tiene algo meritorio, y es que es el primer intento de romper con esa cultura. Es un fracaso, pero es un importante acercamiento. Es una pena que sea tan profundamente soporífero y poco interesante. Si alguna vez te has preguntado dónde se guardan los regalos que recibe el presidente en las visitas oficiales, este es tu documental. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

LITERATURA

Cacao de Coe

por **Rodrigo Fresán**

Es más que probable que Jonathan Coe (Birmingham, 1961) sea el escritor inglés en actividad más normalmente raro o raramente normal. Lo suyo suele comenzar, engañosa y juguetonamente, como algo que parece derivar de las sátiras de clase de Evelyn Waugh. Pero, enseguida, todo se enturbia para bien, para mucho mejor (no olvidar que uno de los héroes de Coe, a quien le dedicó una muy sui generis y exhaustiva biografía, fue el muy extraño metavanguardista B. S. Johnson). Y se descubre que lo suyo es algo mucho más ambicioso y logrado y personal. De este modo —y como en algún sitio entre los clásicos cinematográficos de los estudios Ealing y los sketches de Monty Python y *Little Britain*—, Coe ha venido demostrando que nada le es ajeno y que todo es digno de ser *coeficado*. Espías en la Guerra Fría, distorsiones oníricas (mi favorita entre las muchas favoritas suyas es *La casa del sueño*), Billy Wilder de rodaje (Coe es también

autor de biografías de James Stewart y Humphrey Bogart), rock progresivo (otra de las obsesiones de Coe es la música: suele ser teclista invitado en varias bandas, es fan del rock progresivo-pastoral, y cuando Javier Marías le invitó a formar parte de la corte del Reino de Redonda eligió ser el “Duke of Prunes” en honor y memoria de una de las composiciones clave de su admirado Frank Zappa), comedias de malos modales muy públicos como el díptico compuesto por *¡Menudo reparto!* y *El número 11* (con la monstruosa y rampante familia Winshaw como símbolo del thatcherismo de entonces y de los adictivos reality shows de ahora mientras se extrañan los buenos viejos tiempos) y tragedias de perfecto e intimista comportamiento como *La lluvia antes de caer...* Todo cabe en Coelandia reincidiendo, siempre, en la amplitud de Su Tema: la novelística que no deja de dar cuentas y cuentos acerca del *state of the kingdom*. Ese territorio en el que –detalle/data muy Coe– se estrenaron, el mismo día, el single “Love me do” de The Beatles y el filme *Dr. No* convirtiendo a John & Paul & George & Ringo & Bond, James Bond, en iconos universales pero definitivamente *made in the UK*.

Y si no lo dijo nadie sí lo dije yo y lo repito aquí: por allí –por esa necesidad de informar acerca del más o menos mal/buen estado del Imperio– anduvieron John Galsworthy y Ford Madox Ford y, de nuevo, Evelyn Waugh y Anthony Powell con poderosos ciclos novelísticos en los que familia y amigos nacían y crecían y se multiplicaban y morían como esos pequeños peces nutriéndose de lo adherido a los flancos de un leviatán donde siempre se invoca a un dios y cuya principal ocupación parecería ser la de salvar a reyes y reinas. Pero –insisto– si a alguien recuerda más y mejor que a nadie Coe es al eternamente melancólico rocker Ray “The Kinks” Davies en álbumes como *Something else*, *The Kinks are the village green preservation society* o *Arthur*

(*or the decline and fall of the British Empire*). Sí: Coe es un extrañador compulsivo y cuasi proustiano de un pasado idealizado que tal vez nunca haya tenido tiempo y lugar; pero qué importa si se cree en él. Aunque también –como Davies– Coe es un lobo feroz de la sátira sociopolítica y de todo aquello que pudo haber sido y no fue pero que sí salió tan mal.

Y Coe ya ha avisado que *Bournville* es la cuarta de un quinteto de novelas multigeneracionales –precedida por *El club de los canallas*, *El círculo cerrado* y *El corazón de Inglaterra*, yendo de los últimos/primeros años sesenta-setenta al Brexit y su resaca– cuyos personajes no dejan de cruzarse para así poner de manifiesto las idas y vueltas de lo político y lo sociológico y el efecto de sus radiaciones sobre la psique colectiva nacional.

En *Bournville* (novela número catorce de su cada vez más precozmente veloz y prolífico autor: empezó a escribir “en serio” a los ocho años cuando pergeñó algo titulado *El castillo del misterio* y sus primeras páginas aparecieron –tantos años después– en *¡Menudo reparto!* y acaba de publicar el *cosy-thriller* titulado *The proof of my innocence* en el que fusiona el *thriller* académico con el breve paso por Downing Street de Liz Truss) los especímenes/ratones de laboratorio escogidos por Coe son un tan adorable como convulso clan de los Lamb. Familia de Birmingham, revolviéndose a fuego lento y en ocasiones derritiéndose rápido en *village* erigida en el siglo XIX por Cadbury alrededor de la mística fabril del chocolate como causa imperial que debe imponerse a los dictados germánico-suizos. Así, mucho crocante y crujiente cacao mental/físico, dulce y amargo, con mucho ruido y muchísimas nueces.

Y todo empieza en Alemania con el estallido del coronavirus; pero la estructura de efeméride-almanaque de la novela se retrotrae ordenándose en sucesivos capítulos/momentos históricos (y algo histéricos): el discurso

JONATHAN COE
BOURNVILLE
Traducción de Javier Lacruz
Barcelona, Anagrama, 2024, 432 pp.

del rey en el Día de la Victoria en Europa, la coronación de Elizabeth en 1953, el mundial de fútbol de 1966, la investidura del príncipe de Gales en 1969, la boda de Charles y Diana en 1981, la muerte de la “princesa del pueblo” en 1997, el 75 aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Y, de nuevo, la pandemia cerrando lo que se abrió con unas de las páginas más emocionantes y conmovedoras jamás escritas por Coe.

Que sea menos promocionado que muchos de los autores del llamado Dream Team en nuestra lengua no quita para que Coe sea una *superstar* en Francia, Italia y Grecia (y que sus jugadas sean a menudo mucho más formalmente audaces, aunque de manera casi subliminal, que las que suelen y solían jugar Amis & Barnes & Ishiguro & McEwan & Rushdie & etc.). Y Coe –al igual que en el caso de otros raros normales o normales raros como William Boyd o Nick Hornby– convida de nuevo a la gratificación que produce alguien que combina la sólida pericia estructural con la fragilidad de los sentimientos más inestables pero no por eso menos firmes. El efecto –perfectamente logrado– es el de ir paseándose a lo largo y ancho de los diferentes acontecimientos como si fueran *tableaux* y dioramas expuestos para nuestra visión *à la zoetrope* (incluyendo esquirlas y trufas documentales y, sorpresa, hasta un cameo de Jorge “Anagrama” Herralde) con una maestría a la que jamás ninguna miniserie de Netflix & Co. podrá hacerle justicia.

Aunque tampoco estaría mal que la produjeran.

Dios salve al muy real y aromático Coe. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Su libro más reciente es *El estilo de los elementos* (Random House, 2024).



LITERATURA Y MIGRACIÓN

Venezuela: el colapso de la memoria

por **Jacqueline Goldberg**

La literatura diaspórica venezolana —como llamamos con bíblica elegancia a aquella que se está produciendo fuera del país— genera un problema y un colapso material, a espaldas de aquello que se metaforiza a través de textos narrativos, poéticos, ensayísticos o dramáticos. Más allá de ese patrimonio escritural se encuentran los archivos de los escritores: los de quienes se han desplazado, pero también los de quienes se han quedado y están —estamos— a expensas de las grandes y pequeñas catástrofes del país. De esos archivos me interesa la irreparable fractura del patrimonio íntimo de los autores y, por tanto, de la memoria e historia de la literatura venezolana.

Cuando hablo de archivos hablo de los repositorios más personales. Aquellos que quizás atesora cualquier ciudadano común, pero que en el caso de los escritores son parte

indispensable de su obra, pues llegan a ser la obra misma. Fotografías, manuscritos, epistolarios, diarios, cuadernos, libretas, recortes de periódicos o revistas, informes médicos, documentos en los que constan premios, participación en eventos, papeletos con anotaciones, objetos que son huellas de una vida (lentes, radiografías, los primeros zapatos, un mechón de cabello).

En Venezuela no hemos sido recolectores cuidadosos de las minucias de la literatura. No hay archivos que curucutear (o, si los hay, son privados e inaccesibles) ni casas de escritores por visitar (pienso en la de Ramos Sucre en la ciudad de Cumaná y no recuerdo otra; la del poeta Elías David Curiel se desplomó en la ciudad de Coro). Siempre creímos que eso era asunto del porvenir, de hijos o nietos, de institutos abocados al patrimonio, o de nadie, por aquello de que hay que vivir el presente y de que solo archiva a conciencia quien se sabe vecino de la enfermedad y la muerte.

Me detengo en la idea que ha desarrollado el académico y escritor venezolano Javier Guerrero en su libro *Escribir después de morir. El archivo y el más allá* (Metales Pesados, 2022), al señalar que el archivo “excede su condición funeraria y en él pueden producirse formas de vida y permutaciones somáticas capaces de desafiar la tajante división entre vivir y morir, inclinadas a emancipar la coincidencia entre el fin material del autor y el cese de su escritura”. Es decir, los archivos siguen dando testimonio aún después de la muerte del autor y más allá de su obra. Por eso Guerrero habla de “morir de archivo”, que es “justamente organizar una nueva vida a distancia, es procurar deshacer la clausura de la tumba, es permitirse postergar las formas que no eran posibles, por muchas razones, durante lo que hemos denominado y seguimos llamando vida”.

Los escritores migrantes no siempre pueden detenerse en poner a buen resguardo su archivo personal. Es tan

hondo el quejido de sus bibliotecas abandonadas a la fuerza y el exigente dolor que de por sí significa partir —“partir / es siempre partirse en dos”, escribió Cristina Peri Rossi— que el archivo raramente cabe todo en cajas y maletas, se extraña o necesita mucho después de la migración, cuando es tarde o, peor aún, cuando ya es puro olvido.

Pero ¿de qué archivos hablamos cuando hablamos de escritores venezolanos, migrantes o no?, ¿quién se preocupa por ordenar su propio archivo para que no sean otros los que dispongan qué va o no a la basura?, ¿cuándo es el momento preciso para temer el caos, la persecución final, el colapso?, ¿quién, si no piensa migrar, consigue una vida libre de papeles inútiles?, ¿cuántas familias o albaaceas de escritores buscan preservar su legado y cuántas lo hacen bien? Pocas. Poquísimas. Y no siempre con bondades genuinas. Ya ni hablemos de políticas públicas, de una biblioteca que preserve manuscritos y objetos personales contemporáneos, una fonoteca que resguarde la voz de los poetas, un archivo más allá de la historia oficial o la gran historia fundacional.

Para escribir estas páginas hice un sondeo entre algunos escritores amigos que han migrado en la última década, cuyos testimonios comparto a continuación. A la mayoría le costó comprender que solo preguntaba por su archivo personal y hablaron de inmediato de sus bibliotecas rotas y desamparadas. Es comprensible, toda biblioteca es autorretrato. Y duele.

Leonardo Padrón, poeta, narrador y guionista, hoy en Netflix, viajó en 2017 a Miami por diez días y nunca más pudo volver. No llevaba ni siquiera su laptop: “Todo se me quedó en Venezuela. Progresivamente he ido recuperando algunas cosas. Siempre pensé que las tendría conmigo en un mes, en dos meses, en ocho meses, el año que viene, y eso se ha ido alargando de una manera absolutamente inquietante. He ido pasando de la

desazón y la nostalgia a la desesperanza y la resignación. El ser humano está hecho de pérdidas y pequeños y grandes duelos, pero después vino un duelo del tamaño de un país y un hábitat emocional. Entre ellos está el duelo por los fragmentos que también hacen a un escritor. Lo he asumido con el mismo estoicismo con el que he asumido otras pérdidas aún más significativas. Trato de no pensar mucho en todo lo que quedó en alguna libreta Moleskine, de las que soy fanático: semillas de poemas, embriones garrapeados de alguna historia para la televisión, artículos de opinión pincelados. Supongo que algún día los recuperaré y no sé si ya el tiempo los habrá convertido en pésimas ideas que se quedaron donde tenían que estar o, por el contrario, me encontraré con el germen de poemas, historias, ensayos que merecen volver a vivir.”

El poeta Alexis Romero, que está en Buenos Aires, cargó con algunos documentos y el resto lo echó al fuego. ¡Al fuego!, me aclara: “De cada diez documentos, nueve fueron cenizas. Los CD de la música que siempre me acompaña los arrojamos a la basura. Mi colección de revistas quedó en cajas en la puerta de la casa, y en la noche el camión de la basura se las llevó. Todo muy raro, porque ese camión se llevó mucho de mí. Así ando. No es nostalgia, apego; son los materiales que me han permitido ir siendo más humano, más persona que va labrando su dignidad.”

El narrador y poeta Fedosy Santaella, desde Ciudad de México, explicó que pudo llevarse todo su archivo más personal: “Es curioso que una de las cosas más importantes de tu vida, la que da constancia del sentido de tu vida, quepa en una sola caja.”

El narrador y gerente cultural Antonio López Ortega, residenciado en las islas Canarias, consiguió la gran excepción de donar todos sus libros y el gran tesoro de su epistolario a la biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello. El resto del archivo se

lo ha ido llevando poco a poco cuando ha vuelto a Venezuela: “Extraño todos los días cosas de ese archivo: unas líneas de José Saramago, las primeras cartas que recibí de Eugenio Montejo cuando yo vivía en París. Para los escritores, que estamos acostumbrados a guardar una *memorabilia*, esto es muy difícil.”

La poeta Eleonora Requena, desde Argentina, contó que se llevó algunos manuscritos y cuadernos; los recortes de prensa los escaneó como mejor pudo y los subió a la nube. También se llevó sus propios libros y antologías donde está incluida su poesía: “Las emociones de pérdida las comencé a manejar desde el momento en que empecé a empacar mis cosas y tuve que escoger qué traer y qué no. Luego aquí en Buenos Aires he hecho memoria sobre el archivo, y sobre la biblioteca en sí, y siempre faltan un libro o un dato irrecuperable.”

La poeta y editora Claudia Noguera Penso migró a Miami hace ocho años y pudo llevarse consigo todo lo que quiso. Confiesa que, de todas maneras, no ha vuelto a abrir sus archivos: “Siento que esas cajas forman parte de una vida pasada irrecuperable, pero al mismo tiempo siento tranquilidad por tenerlas cerca. De los archivos que quedaron en Venezuela me he ido desprendiendo con los años de exilio, a veces me cuesta recordar qué se vino y qué se quedó.”

El narrador Gustavo Valle cuenta, desde Buenos Aires, que no se llevó nada porque no sabía que iba a estar tantos años lejos y porque cree que la emigración debe hacerse ligero de equipaje y pensando en construir nuevos archivos. Sus cosas siguen en cajas en casa de su madre en Caracas: “No los he vuelto a mirar al menos hace veinticinco años. Me emociona pensar que aún están ahí, y me imagino que el día (si es que llega) en que me sienta a revisarlos, lloraré como un niño.”

Las mudanzas van dejando huecos en nuestra psique, en el tejido social y en la ciudad, esa osteoporosis urbana

de la que habla Lorenzo González Casas y que es, además, una metástasis de la desesperanza. Las ciudades venezolanas están salpicadas de habitaciones detenidas en el tiempo. Vuelvo a Javier Guerrero: “El archivo, por lo tanto, se abre más allá de los controles nacionales, las ansiedades locales y se ubica por fuera de las condiciones que amenazarían su materialidad, y sus potenciales sobrevidas. El archivo es un amparo desterritorializado, cuenta con la posibilidad de gestarse al margen de su negación vernácula.”

¿Qué archivos hablarán de nosotros si no estamos construyendo compendios personales ni públicos?, ¿qué preservar si la política orientadora en Venezuela es destruir y pasar página?, ¿qué archivo será capaz de salvarnos de lo efímero, lo irreal, el asedio, el olvido?, ¿qué importa un archivo si lo fundamental –yéndonos y también quedándonos– es sobrevivir a un presente inmediato y maltratador, a los sobresaltos del alma, al cada vez más amenazante y borroso futuro? ~

JACQUELINE GOLDBERG es escritora y editora.

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

El fantasma es la máquina

por **Mariano Gistaín**

He rehecho mis dos o tres vidas. Cualquiera podría hacer algo igual o más. El universo causal y casual no repara en gastos. Onda partícula según veas.

Si me miras, estamos.

Perdido, te encuentras.

La mirada hace lo visto. La virgüilla [-] es vida. En esa adaptación a la física de hace un siglo estamos: un siglo sin pensar en las realidades, afe-r-rándonos a Newton. Ahora las cosas

se crean a sí mismas y ya se va a vender el ordenador cuántico, que trae varias vidas gratis.

Así ha sido el siglo en el que hemos ignorado la física cuántica sin renunciar al microondas y la resonancia. A las cosas, pero no tanto, o no solo. No queremos que desaparezca la materia clásica.

He rehecho mis vidas. Rehaga usted las nuestras. La una la compré en un *black friday*, que dura una semana; la otra venía de serie y ambas tenemos dudas de si la tercera es un fantasma animado por IA.

La vida comprada en rebajas trae ya telómeros extralargos: viene con el kit rejuvenecedor de la doctora Elizabeth Parrish en BioViva. La tercera vía o vida está en lista de espera, hay que guardar algo para el pos-Biden. El preparacionismo no era por guerras o catástrofes sino para vidas extras. Hay que preparar el ego anticuado para hacer sitio a sus hermanitos. Clones gratis, apártense, vacas. Del *Ser o no ser* hemos pasado al *Ser y no ser*. Mucho más empático *empty*, emptípico. Todo esto lo remixea la nube en su GPT.

Las tres o más vidas a la vez leemos poco a poco, como en un *Breviario de los chilindrones* de Julio Alejandro, los números de la revista *SUR* de Victoria Ocampo, uno por uno, aunque no sé con cuál de las tres o cuatro idas de olla las frecuento, vidas de olla, venida de ola. Vidas en *HOLA!*

En rigor cuántico [la *b* de Plank]: ida de onda.

Releemos —con tantas vidas ya no se puede fingir más aquella hosca individualidad— las conferencias del *Arte poética* de Borges, los Youtubes de Piglia sobre Borges. Los vídeos los escuchamos en texto automático para no importunarnos con sonidos. Las esculturas se animan solas y hacen cosas con IA. Lo que le pides lo hace, lo que promptees te lo da. La IA con sus delantalitos blancos.

Las vidas son insondables hasta que metes el ADN en la máquina y te

dice casi todo de ti, ni Google supo tanto: la última ringlera es de pago, de Pago Pago. La revista *SUR*, vista de cabo a rabo, gratis, pasado el siglo, trae la poética inversa.

Tres o cuatro vidas seducidas por la serie *Mad men* (Netflix) y sus guiones infinitos. Don Draper, tantas vidas. El medio siglo, en plena guerra fría primera. Todo lo que hicisteis era para no reconocer la vida cuántica. Por no salir de Newton. A Draper se le aparecen los muertos como en *Pedro Páramo* (libro).

Al seguir tanto a Alberto Olmos hemos leído los cuentos de *Gagarin o la triste certeza de viajar solo* de José Moreno. Y sí, Olmos salta de ondas a partículas. Lo mejor de Olmos es cuando se queja de lo poco que han funcionado sus libros, novelas, etc. Esa amargura célibe le da el brío brutal. Del resquemor a la rasmia. Irresistible Olmos. Los cuentos de *Gagarin*, en efecto, muy devorables. Ana Merino publicó en 2020 unas vidas en norteamérica, personas vivas, inolvidabilísima novela: *El mapa de los afectos* ya estaba también en la onda ~ partícula, estamos saliendo de Newton a pulso, lo que cuesta todo.

Otra de nosotras —las vidas no discriminan por géneros, no discriminan por racismos ni religiones ni filiafobias—, otra de nosotras compró enseguida el libro de la premio Nobel del año, Han Kang, *La vegetariana*. Cada día trae sus consumismos espontáneos y a veces o siempre sucumbimos a las seducciones, los enamoramientos (Javier Marías) de una hora, objeto, ilusión: Han Kang proporciona frases para talleres de escritura ávida: “De pronto tuvo la sensación de que nunca había vivido y se sintió sorprendida [...]. Desde que tenía uso de razón no había hecho otra cosa que aguantar” (p. 149), “De modo que su vida no había sido nunca su vida” (p. 152).

Pero a casi todo le sobra algo. Al imperativo kantiano le faltó incluir un precepto para no hinchar las

cosas, los relatos, series, vidas telómeras: no estirarás en vano, porfi. En *Mad men* no hay ni un milímetro de paja. Todo es algo. Olmos, igual.

Las cinco vidas y media se consuelan como pueden del *timelapse* de viento que se las llevaría si existieran: las más propectas no entienden ya el mundo newtoniano, pero esa es la gracia. Todo está explicado en *Vida de Arcadio*, de Arcadi Espada. Los cuentos de *Gagarin*, la potencia de Olmos, que escribe: “Lo más difícil de la escritura es el retrato del natural.” Ahí está Pla.

Se agradece el tiempo no estirado. Hay biografías más largas que la vida que cuentan.

Las vidas sucesivas y simultáneas pasan la fregona por el robot dormido. Al ser varias y ninguna a la vez todo es probable a ratos. Alguna ha descubierto o encubierto que el célebre fantasma de la máquina, al aplicar la física que funciona desde hace más de un siglo, se puede formular así:

El fantasma es la máquina.

Suerte que se pueden conseguir vidas extra en lo de Amazon y Microsoft y Google y Apple y NVIDIA y Elon Mundi. Estamos ya en el pos-Biden, posvida-Biden posbidé, pos-dolce vita est, etc. Declinaciones de siempre alteradas por las nuevas guerras a las que ya nos vamos haciendo. Las palabras también tienen telómeros. En plena era pre-Trump, que es agente de China (agente comercial, a puerta fría). Trump nos ha dado nuevos nervios. Aún en aquellas melancolías de Letta & Draghi.

Estaba Rafael Álvarez, el Brujo, haciendo taichí en la calle y una de nuestras vidas pudo selfiarse con su ídolo, que accedió al fervor.

Soy admirador suyo —dijo el fan— y se fundieron en un mar de fotones. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).